



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.090

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 pías.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

VIERNES 21 DE JUNIO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de /ócil cobro.—corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

ALAMBIQUES

Aparatos para microbios de 39 á 40° Id. » agnardientes » 24 á 26° Id. » anisados.

Alambiques agnardientes con columna y boya de graduación, serpentín y depósito refrigerante.

Id. completos con baños maría, aros de bronce, serpentín y depósito.

Fabricación camarada y precios muy económicos.

Prensas, azufradores, y cuanto concierne a la elaboración de vinos.

Camilo Pérez Lurbe.—Castellón 12.

REVISTA CIENTIFICA.

HIGIENE DE LA INTELIGENCIA.

(De nuestro servicio especial).

A los que, á semejanza del hombre de los sesos de oro, del cuento de Daudet, hacen de la inspiración una tarea, encuentran en la idea un recurso, y, en tal virtud, andan á caza de la imagen brillante y vigorosa, les recordaremos, en nombre de la higiene, que la base de su talento, que el pedestal de su genio, si por ventura tienen esta suprema facultad, es aquel órgano complicado y recóndito que el vulgo en su lenguaje grosero llama sesos, que la anatomía con más tecnicismo denomina el cerebro, y que la madre naturaleza encerró en una solidísima caja huesosa llamada el cráneo, empaquetándolo y envolviéndolo cuidadosamente en tres forros sobrepuestos, formados por otras tantas telas ó membranas, que en el lenguaje de las ciencias se llaman las meninges.

Este órgano, centro y llave maestra del organismo corporal, punto culminante de nuestro cuerpo, principalísima parte del organismo y condición material del pensamiento, requiere para conservar su integridad y para que sus delicadas funciones se ejecuten con la intensidad y duración, es preciso

so, que se observen respecto de él y para garantizarle del deterioro y de la decadencia, ciertos preceptos que la sabia «Higia» se encarga de formular.

Una alimentación reparadora, propinada en cantidad suficiente y compuesta de sustancias de fácil digestión; constituye la primera é imperiosa exigencia que reclama el gran señor de nuestra máquina orgánica; viene después el ejercicio muscular al aire libre que, enriqueciendo la sangre y activando la respiración, contribuye á robustecer el delicadísimo aparato cerebral, el uso cotidiano de baños fríos que ejerzan una acción benéfica sobre el sistema nervioso y regularicen la circulación, es otra servidumbre que á nuestro cerebro debemos, y cumpliéndola sabrá él recompensar prodigando las flores del ingenio y los frutos sazonados de la razón.

El cuarto capítulo de los deberes que, conforme al código de la higiene tenemos que cumplir con el cerebro, se refiere al modo de hacerle trabajar. En primer lugar, la gran ley orgánica que prescribe el reposo después del trabajo, es altamente obligatoria tratándose del cerebro; pero téngase presente que el descanso cerebral completo es el sueño. El hombre que trabaja con su inteligencia, tiene tanta necesidad como el gañán, de un sueño prolongado y completo; por desgracia le es más difícil que al último cumplir con este mandato imperioso. El trabajo material procura el sueño, el trabajo cerebral lo aleja, muchas veces basta la simple lectura para impedirnos dormir. Por tanto, el literato, si quiere dormir bien, debe abstenerse en la noche de cualquiera de sus ocupaciones favoritas.

Otra condición precisa para que el trabajo cerebral se efectúe con regularidad, consiste en evitar la fatiga del órgano: es preciso no agotarlo, no espolpearlo demasiado,

respetar sus horas de desfallecimiento, que él otro se sabrá recompensar con largueza. También conviene escoger con discreción el momento del trabajo intelectual: se debe preferir la mañana, pues en esa época del día el órgano sale del reposo que ha reparado sus pérdidas y está más dispuesto que nunca á trabajar.

También debe evitarse emprender trabajos intelectuales en los momentos de la digestión; hay una sentencia vulgar que dice: «después de comer, ni un sobrescrito leer», ella será exagerada en la forma, pero es sensata y muy justa en sustancia, pues, durante la digestión, la sangre afluye al aparato que en ese momento funciona con actividad, y solicitar en esos momentos el trabajo cerebral, es doblemente malo: primero porque eso tiende á agotar el órgano y segundo porque tiende también á perpetuar la digestión.

El que quiera mejorar su inteligencia y conservarla por muchos años, debe evitar también cuidadosamente recurrir á los estimulantes artificiales: nada de café, nada de bebidas alcohólicas, que excitán con demasiada fuerza el aparato cerebral y aunque al pronto parezcan producir efectos maravillosos, son seguidos de gran desfallecimiento, ó acaban por producir la decadencia y la degeneración del más importante y delicado de nuestros órganos.

La musa negra de Voltaire y de Belille, ó sea el café; la musa verde de Alfredo de Musset, ó sea el ajeno; la musa ambarina y acre, ó sea el cognac, á que tan afecto fué el ilustre Byron, son agentes terribles, justamente considerados actualmente como venenos de la inteligencia. No nos dejemos seducir por el peligroso ejemplo de los hombres de genio que contrajeron tan funestas costumbres; su organización sería privilegiada, y por otra parte, con excepción de Vol-

taire, no les fué á los demás tan bien que con ganas de imitarlos.

Tal debe ser, brevemente resumida, la conducta del hombre de letras. ¿Cuál es el hecho? Justamente lo contrario de lo apuntado. El poeta y literario son muy afectos á desvelarse, á trabajar de noche, y levantarse muy tarde, á hacer el menor ejercicio corporal, huyen del agua como los gatos escaldados; prolongan el trabajo intelectual hasta el agotamiento; se mueren por el café, y no faltan algunos que amparen sus celdillas cerebrales con diversas bebidas alcohólicas.

Dr. P. PARRA.

TIJERETAZOS

Oigan los que se quejan de la plaza de mendigos que nos ha tocado en suerte y de las malas formas con que piden limosna.

Habla «El Pueblo» de Murcia: «Anteanoche ingresó en la corrección un mendigo, por amenazar con una corvillá á las personas que no le laban limosna.»

Aquí todo lo más que se ha encontrado á uno de esos pedigriferos es una pistola de dos cañones de las más grandes.

Los demás envían á las personas que no dan á donde no puede decirse.

Pecata minuta.

Dice un periódico que en Nueva York han ocurrido once catástrofes á consecuencia de la explosión de una refinería de petróleo.

Qué manera de multiplicar.

Así son tan grandes las cosas en América.

Hay cosas que pasan por dos, tres y hasta por once.

Lo mismo que las alulayas.

En el ayuntamiento de Almería se ha celebrado una sesión borrascosa, por haberse negado el alcalde á que figuraran en el acta varios asuntos tratados en la sesión anterior.

¿Pero es que un alcalde no puede hacer lo que quiere?

Caballeros, que no se reproduzcan aquellas sesiones de los bastonazos.

¡Que mira el público!

Leemos:

«Ha presentado la renuncia de la escuela que desempeñaba en Oebegavia, la maestra D.ª Filomena Moncho.»

Sin duda estaba cansada de no cobrar.

No se renuncia así como así, un cargo público cuando las pagas van corrientes.

En Ferrol ha sido encontrado un niño recién nacido, con señales evidentes de haber sido estrangulado.

¡Qué corazón el de quien haya hecho esa valentía!

El espada Rávete ha entregado 11.500 pesetas á la comisión que tuvo á su cargo la corrida de toros celebrada en Madrid á beneficio de las familias de los naufragos del «Reina Regente».

Eso es caridad y rumbo.

¡Once mil quinientas pesetas y una herida que lo ha puesto en la puerta del otro mundo!

El que quiera que haga más por las viudas y los huérfanos.

NOTAS

Cuando entramos ayer en el Ayuntamiento para asistir á la reunión convocada por el alcalde, ya esperaban este y los concejales señores Tomás, Jorquera y Murcia.

Se iba á tratar de la erección de una estatua á quien ha puesto muy alto su nombre, dando brillo al pueblo en que vivió la luz, y á pensar en él y á hacer comparaciones, dedicamos la inevitable media hora que la cortesía obliga á esperar.

—¿Se hará la estatua? ¿Saldrá de esta reunión algo que nos deje satisfechos? —nos preguntábamos.

Y volviendo la vista al pasado nos asaltaba el recuerdo de otra estatua que hay en el Arsenal en posición yacente, no porque así la construyese el artista, sino por que así la tiene nuestra incuria.

La pedimos particularmente al ministro de Marina y convencidos de que se

578 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

recibió, relación que los sirvientes hicieron con el mas sencillo y hábil, sin sospechar el efecto que en su alma había de hacer; ni muy remotamente imaginar la sospecha espantosa que su relato había de despertar.

Preso de una agitación casi convulsiva, escuchaba los pormenores que se le referían, pero, aun dudoso de aceptar el espantoso pensamiento, y queriendo ante todo hallar pruebas para confirmárselo, corrió como un demente hacia la puerta del tocador, y de una patada rompió la cerradura.

Los criados le seguían con bujías encendidas, y entraron con él en el aposento.

Todo en el mayor desorden, los cajones de la cómoda, de los escaparates, unos abiertos, otros tirados por el suelo, varias piezas de ropa esparcidas aquí y allí, los muebles desarreglados: tal fué el espectáculo que el tocador ofrecía, cuyo desorden no pudo menos de confirmar la horrible sospecha de Melina; pero queriendo aun dudar, iba de sitio en sitio recorriendo tal ó cual cosa, ansioso por hallar en algo la destrucción de sus temores y afanándose por negar hasta la misma vista de sus sentidos.

Se abrió el cofre donde sabía que Julia depositaba las joyas, de cuya posesión estribaban todas

EL HILO DEL DESTINO.

579

las concesiones que de ella recibía, y lo halló vacío.

Ni una sortija para memoria, de la rica pedrería que algunas horas antes lo llenara; y fué este descubrimiento la plena confirmación de todos sus temores.

Cayó de sus manos al suelo, y cual si un rayo lo hubiera caído encima, así permaneció Felipe sin voz ni movimiento, ni vida.

Los criados consternados le miraban en silencio; uno de ellos observó una carta sobre el velador que estaba dirigida á él y se la entregó.

La vista del papel obró mágicamente en el apasionado marido.

Una leve esperanza reanímó su decaído ser: ¡era la letra bien conocida de Julia!

Con avara mirada y entreabierta boca, y su alma toda pendiente de su contenido, devoró la carta.

«Felipe—decía esta—me casé contigo sin amor, y sin que para ello me ligara sentimiento alguno del corazón;—principio espantoso para el que Felipe ni á cien leguas de distancia estaba preparado—me casé alucinado, juzgando que un enlace contigo no podía menos de resarcirme con otras ventajas, el sacrificio que me había impuesto al contraerle; pero en

582 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

corría con loca desesperación; parándose solo de vez en cuando, para abrazar un mueble, para besar una pieza de ropa, para dirigir palabras inconexas á algún inanimado objeto, que se la traja mas fuertemente á la memoria, no conociéndose en realidad cual fuese el sentimiento verdadero que diera móvil á estos síntomas de dolor.

En otros tiempos, no así hubiera dolido, impeliendo siempre del amor propio, todos los síntomas que hubiera desplegado, hubieran tenido en él su origen, pero en la actualidad, dominado de la pasión, locamente enamorado, cifrando toda su dicha en la posesión del objeto que idolatraba, eran los síntomas que describía, síntomas de un dolor salido de fondo del corazón.

Después de varias tentativas inútiles, lograron los criados sentarlo en el mismo diván, donde tantas otras veces se había sentado al lado de la mujer que amaba, é hicieron cuanto hallaron á su alcance por tranquilizar su agonía, pero Melina deseando hallarse solo, les manifestó en balbucientes palabras su gratitud, y los despidió.

Quedó solo, al fin, con el inmenso peso que lo abrumaba.

«¡Dios mío!—exclamaba.—Yo que la creía, yo que nunca sospeché me fuera falsa... ¡y verme así burlado por la primera mujer que he querido!..